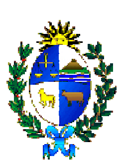
NUMERO 2960 MONTEVIDEO, MARTES 17 DE JULIO DE 2001



REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY



DIARIO DE SESIONES DE LA CAMARA DE REPRESENTANTES

XLV LEGISLATURA SEGUNDO PERIODO ORDINARIO 38ª SESION (EXTRAORDINARIA)

PRESIDE EL SEÑOR REPRESENTANTE

GUSTAVO PENADES
(Presidente)



ACTUAN EN SECRETARIA LOS TITULARES
DOCTOR HORACIO D. CATALURDA Y DOCTORA MARGARITA REYES GALVAN
Y EL PROSECRETARIO SEÑOR ENRIQUE SENCION CORBO

Texto de la citación

Montevideo, 12 de julio de 2001.

LA CAMARA DE REPRESENTANTES se reunirá, en sesión extraordinaria, el próximo martes 17, a la hora 15, a efectos de tributar homenaje al ex Senador Luis Hierro Gambardella.

HORACIO D. CATALURDA MARGARITA REYES GALVAN
S e c r e t a r i o s

S U M A R I O

1.- Asistencias y ausencias.

Asisten los señores Representantes: Washington Abdala, Odel Abisab, Margot Acosta, Ernesto Agazzi, Guillermo Alvarez, Juan Justo Amaro, Gustavo Amen Vaghetti, Raúl Argenzio, Beatriz Argimón, Roberto Arrarte Fernández, Roque E. Arregui, Carlos Baráibar, Raquel Barreiro, Jorge Barrera, Artigas A. Barrios, José Bayardi, Edgar Bellomo, Juan José Bentancor, Nahum Bergstein, Daniel Bianchi, José L. Blasina, Nelson Bosch, José Caballero, Brum Canet, Julio Cardozo Ferreira, Ruben Carminatti, Ricardo Castromán Rodríguez, Roberto Conde, Raúl Cuebas Goday, Jorge Chápper, Guillermo Chifflet, Sebastián Da Silva, Ruben H. Díaz, Daniel Díaz Maynard, Miguel Dicancro, Juan Domínguez, Heber Duque, Oscar Echevarría, Alejandro Falco, Ricardo Falero, Alejo Fernández Chaves, Ramón Fonticiella, Luis José Gallo Imperiale, Orlando Gil Solares, Carlos González Alvarez, Arturo Heber Füllgraff, Luis Alberto Lacalle Pou, Julio Lara, Félix Laviña, Ramón Legnani, León Lev, Henry López, Guido Machado, José Carlos Mahía, Artigas Melgarejo, José Homero Mello, Felipe Michelini, Pablo Mieres, Ricardo Molinelli, Ruben Obispo, Jorge Orrico, Francisco Ortiz, Gabriel Pais, Jorge Pandolfo, Gustavo Penadés, Darío Pérez, Pedro Pérez Stewart, Enrique Pérez Morad, Enrique Pintado, Carlos Pita, Yeanneth Puñales Brun, Ricardo Recuero, María Alejandra Rivero Saralegui, Ambrosio Rodríguez, Glenda Rondán, Hugo Rosete, Diana Saravia Olmos, Alberto Scavarelli, Leonel Heber Sellanes, Julio C. Silveira, Ramón Simonet, Enrique Soto, Henry Sugo, Lucía Topolanski, Daisy Tourné y Walter Vener Carboni.

Con licencia: Guzmán Acosta y Lara, José Amorín Batlle, Ricardo Berois Quinteros, Nora Castro, Silvana Charlone, Eduardo Chiesa Bordahandy, Daniel García Pintos, Gustavo Guarino, Tabaré Hackenbruch Legnani, Luis M. Leglise, Oscar Magurno, Juan Máspoli Bianchi, Ronald Pais, Margarita Percovich, Alberto Perdomo, Martín Ponce de León, Iván Posada, Víctor Rossi, Julio Luis Sanguinetti, Pedro Señorale y Wilmer Trivel.

Faltan con aviso: Doreen Javier Ibarra, José M. Mieres, Martha Montaner, Adolfo Pedro Sande, Raúl Sendic y Gustavo Silveira.

Actúa en el Senado: Gustavo Borsari Brenna.

2.- Homenaje al ex Senador Luis Hierro Gambardella.

SEÑOR PRESIDENTE (Penadés).- Está abierto el acto.

(Es la hora 15 y 18)

——Habiendo número, está abierta la sesión.

La Mesa invita a los señores Senadores a ocupar las bancas de la Sala.

La Cámara ha sido convocada en forma extraordinaria para tributar homenaje al ex Senador y ex Representante Nacional don Luis Hierro Gambardella.

Léase una carta remitida por el señor Presidente de la República, doctor Jorge Batlle.

(Se lee:)

"Montevideo, 17 de julio de 2001.- Señor Presidente de la Cámara de Diputados, don Gustavo Penadés.- Presente.- Es mi deseo sumarme al homenaje que en el Parlamento se le tributa hoy a mi gran amigo y mejor ciudadano Luis Hierro Gambardella.- Quienes le conocimos y pudimos beneficiarnos de sus condiciones morales e intelectuales, quienes pudimos apreciar su coraje, su honestidad, su valor cívico, su talento, tenemos motivos más que suficientes para entender que es de toda justicia ese honor que se le dispensa.- Hierro Gambardella llevó con orgullo su condición de hombre de la cultura y de hondo demócrata en todas las instancias de su fecunda existencia. En su concepción y también en su apuesta vital, nunca supo, nunca quiso distinguir ambos atributos; para él, la idea de libertad fue siempre inseparable de la independencia de las instituciones del Estado de Derecho, pero también inseparable de los compromisos del saber y del pensamiento.- Hierro, además, portaba consigo, como algo natural a su ser esencial, las calidades de nuestra gente, las que entregó a manos llenas a lo largo de su vida. Cualidades que heredadas de sus mayores, a los que recordaba con orgullo, y cuyo ejemplo siguió sin desmayos, le permitieron ofrecer a sus conciudadanos, a su partido, a la sociedad y a su cultura, así como a las instituciones públicas, un ejemplo de conducta y de vasta voluntad de servicio, bajo el signo de los más nobles ideales.- Recordar su figura y su obra me parece que es un deber que tenemos los que

venimos de su generación para con las generaciones presentes y futuras; un modo de reafirmarnos en la continuidad de lo que somos y de lo que necesariamente legaremos a quienes nos aguardan desde las fronteras del porvenir.- Vaya, pues, para la memoria del ilustre ciudadano y muy querido amigo mi recuerdo más sentido.- Jorge Batlle."

(Aplausos en la Sala y en la barra)

——La Mesa quiere dar la bienvenida al recinto al señor ex Presidente de la República, doctor Julio María Sanguinetti, así como también al señor Vicepresidente de la República, Presidente de la Asamblea General y Presidente del Senado, profesor Luis Hierro López.

Tiene la palabra el señor Diputado Díaz.

SEÑOR DIAZ.- Señor Presidente: digamos que los Hierro son de Castro Urdiales, pueblo de Cantabria, en España, y que el primero que llegó hasta aquí fue el doctor Ricardo Hierro, abogado recibido en Santander y periodista, como lo han sido todos sus descendientes en el país, que han sido políticos, periodistas y republicanos.

Ricardo Hierro tenía una razón poderosa e importante para llegar a América, para venir de Castro Urdiales a Treinta y Tres: venía en busca de paz en medio de las guerras carlistas que azotaban España por entonces.

Cuando Hierro fue Embajador en España, fue a conocer ese pueblo, el de sus orígenes, y allí comprendió -porque le llamó la atención que hubiera venido de Castro Urdiales a Treinta y Tres, más en aquella época- que la razón que había traído a su antepasado era la búsqueda de la paz.

El padre de Hierro Gambardella, Luis Hierro Rivera, fue sin duda un hombre público destacado en la vida del país. Sirvió en el Ejército del Gobierno de 1904; fue colaborador y asistente de Basilicio Saravia. En toda esa correspondencia -algunos historiadores, como el caso de Monegal, cuando hacen biografías de Aparicio Saravia, mencionan las cartas entre éste y Basilicio-, no cabe duda de que Hierro Rivera y Ponce de León tuvieron mucho que ver.

Fue jefe político de Treinta y Tres, también periodista y llegó a ser Secretario de Redacción del diario "El Día". Frecuentó a José Batlle y Ordóñez; no me atrevo a decir que fue su amigo, pero sin duda fue un hombre que estuvo en su círculo más cercano.

La madre de don Luis Hierro Gambardella fue Fortunata Gambardella, nacida y criada en Crescenso, Italia, y llegó a Treinta y Tres siendo muy joven. Hierro Gambardella era, pues, uruguayo por los cuatro costados: descendiente de españoles y de italianos.

Su madre protagonizó un episodio que quiero traer a colación aquí, porque de alguna manera perfila uno de las primeras imágenes de la trayectoria de su familia, a la que Hierro era tan apegado y que habla, sin ninguna duda, muy bien de todos los uruguayos y de sus mejores tradiciones.

En 1904, una joven adolescente estaba ennoviada con un servidor del ejército colorado. Ingresaba en la plaza de Treinta y Tres, tan blanca, el ejército de Aparicio Saravia después de la batalla de Paso de los Carros. Esta joven no encontró nada mejor, como tributo a su amor y a su novio, que pasearse por la plaza de Treinta y Tres vestida de colorado. Tan inmaculadamente colorada, fue respetada, como no podía ser de otra manera, por todo un ejército que entraba a esa ciudad en aquel momento.

Hierro, que fue poeta, escribió este episodio en un poema que publicó en su último libro, titulado "La luz no sabe que ilumina", y que dice así: "Plaza de Treinta y Tres. Aquí mi madre anduvo cantando, de muchacha. Cantaba el Himno al Arbol; y vestida flamígera de rojo, sacrosanta cuando entraba la gente de Aparicio después de la batalla del Paso de los Carros, el himno de la Patria. ¿Dónde estará, en qué lugar celeste, dulcemente guardándola su voz tan pura y los claveles jóvenes, los caudalosos cursos de su alma, su entusiasmo? ¿Es que todo murió? No. No ha de ser. En un recóndito lugar de este planeta, o entre este planeta y el universo, no puede haberse muerto esa voz. Debe haber algún espacio en que la voz de mi Madre aún cante. Porque canta."

Señor Presidente: este episodio también nos demuestra que Hierro tuvo mucho de Hierro, pero también tuvo de Gambardella.

Hierro nace el 1° de setiembre de 1915 en Treinta y Tres. Luego sus padres se afincan en Montevideo; su padre empieza a actuar en el diario "El Día" y llega a ocupar posiciones en el Senado de la República en alguna oportunidad. Fue a partir de entonces que empieza a transcurrir la vida de Hierro en

un hogar político, con alta formación intelectual -sin duda alguna-, y que empiezan sus recuerdos en el Liceo Zorrilla, donde hace sus primeros amigos que, yo diría, duraron toda su vida. Hierro era el menor de siete hermanos: Atanasildo -el mayor-, Aurora y Nilda le siguieron, mientras tres de sus hermanos fallecieron siendo niños.

En el Liceo Zorrilla es donde Hierro empieza a palpitar las inquietudes políticas e intelectuales. Allí se hace amigo de Bagnatti, de Magariños. Este le presenta a algunos amigos que no fueron de su colectividad, pero con ellos compartió luego toda una vida de amistad, como "Tola" Invernizzi o "Paco" Espínola. Luego, en el liceo nocturno conoce a Amílcar Vasconcellos y se va relacionando, en ese trajinar, con todos los amigos que serán sus compañeros de lucha y de inquietudes intelectuales y políticas de toda su vida.

En el entierro de Julio César Grauert conoce a Carlos Cigliuti y dice su primer discurso en los primeros días de abril de 1933, apenas producido el golpe de Terra, en la calle Magallanes, frente a donde hoy está el Palacio Peñarol.

Paso de Morlán fue para Hierro, sin duda alguna, un hecho importante, que sucedió en febrero de 1935. El inicia allí una relación que yo me atrevería a decir hoy que, desde el punto de vista intelectual, fue la más influyente y la más importante que tuvo, tanto en su vida intelectual como política, en muchos aspectos. Me refiero a la que mantuvo con Justino Zavala Muniz. En la organización de Paso de Morlán, Hierro estuvo con Ezequiel Silveira, abuelo de nuestro amigo y compañero de Cámara, el señor Diputado Gustavo Silveira, electo por el departamento de Cerro Largo.

Zavala Muniz es sin duda muy importante en la vida de Hierro Gambardella, no solamente porque está unido a su recuerdo, sino porque su presencia lo acompaña en muchos momentos fundamentales de su existencia. Basta decir, por ejemplo, que cuando Zavala Muniz -quien hace aquella formidable obra fundacional del teatro uruguayo- deja la Presidencia de la Comisión de Teatros Municipales, en 1955, es Luis Hierro Gambardella quien le sucede en el cargo.

Además, si uno lee a Zavala advierte que pocas veces es tan cierto aquello de que la política robó a un literato de fuste, como sin duda pudo haber sido Zavala, y también Hierro. Uno lee a Hierro y ve allí que hay una influencia innegable desde el punto de vista intelectual. Hierro se forma en esa gesta que es, para el Batllismo, el gobierno del doctor Gabriel Terra. Desde muy joven demuestra su carácter, inclusive con anécdotas jocosas. En la elección interna de 1937 su padre lo pone de delegado de mesa en un circuito donde decía que había problemas por identidad y le dice: "Observá los votos". El joven Hierro observó por identidad el voto de Luis Batlle Berres en esa elección interna, lo cual generó después una inmensa amistad entre ambos.

Así se formó Hierro en esa cosa política, intelectual, formativa, en un país que brillaba a gran altura a ese respecto. Previamente al año 1942, don Francisco Forteza padre, aquel inmenso estadista que empezó en el sosismo y que, como toda la rama intelectual del sosismo, cuando se produce el golpe de Terra, se incorpora al Batllismo -para citar alguno de ellos, además de Francisco Forteza, recuerdo a Rodríguez Fabregat-, le había conseguido un empleo en la Asociación Fraternidad. Y en 1942, luego de haberse casado con Celia López, su compañera y la madre de sus hijos, a quien conoció en la Fraternidad y también en el Partido, porque pertenecía a una familia de batllistas y vivía en la calle Cebollatí y Gaboto -los Hierro siempre han vivido entre 18 de Julio y el sur; hasta el día de hoy, todos han vivido en ese barrio y en esa zona-, se va a Colonia, donde vive una etapa importante de su vida. A mí me sorprende, no obstante, que en sus libros no haya ninguna mención ni cuento dedicados a Colonia.

El vive en Colonia una etapa muy trascendente de su vida, no sólo porque ocupa su primer cargo público, no sólo porque se casa y porque nace Verónica, sino porque allí también surge un grupo de amigos. Allí empieza a dar clases de Historia y de Literatura, y podemos mencionar como amigos de Hierro de aquella época a Genovese, al ingeniero Zorrilla, a María Freire, al arquitecto Mazzioni, en fin, a un conjunto de gente que formaba los círculos intelectuales en los diferentes lugares de la vida del interior. Esa presencia en Colonia permite a Hierro conectarse con Buenos Aires, con el Buenos Aires más espectacular de la historia de la Argentina, el Buenos Aires de la década del cuarenta, donde frecuenta a Discépolo, a Tania y a los círculos intelectuales de la época, y donde sin duda alguna se marcan para siempre su formación y sus inquietudes.

Claro que también Colonia le significa a Hierro, de alguna forma, retrasarse en su carrera política, por cuanto desde 1946 hasta 1950, mientras sus amigos y compañeros que habían permanecido en Montevideo ya empiezan a ocupar cargos públicos, él recién lo hace en 1950, cuando integra la Junta Departamental de Montevideo y, mediante un acuerdo que hace con la vieja Agrupación Avanzar, de Julio César Grauert -que, de alguna manera, se funde con la Lista 15-, integra también la Secretaría del Consejo Nacional de Gobierno -recién fundado-, acompañado por figuras muy destacadas de la época. Estoy citando nada menos que a Eduardo Jiménez de Aréchaga, a Carlos María Fleitas, al doctor Manfredo Cikato, en fin, a un conjunto de figuras que después se destacaron en la actividad política, jurídica o empresarial del país. Se inicia allí una relación que, yo diría, es siempre muy tierna y de mucha admiración entre Hierro Gambardella y Luis Batlle Berres.

Luis Batlle es para Hierro, a todos los efectos, su líder político. Es el hombre al cual él consideró siempre su jefe desde el punto de vista civil, y su caudillo. Por supuesto que él sintió una profunda admiración por José Batlle y Ordóñez, y sintió una profunda admiración por Baltasar Brum y por tantos otros hombres del Partido, pero sintió, fundamentalmente, a Luis Batlle como su líder político.

En 1954, con un conjunto de hombres jóvenes -él tenía entonces treinta y nueve años- ingresa a la Cámara de Diputados. Nos han llegado relatos de que en la noche oscura o triste para el Partido Colorado de la elección de l958, el doctor Luis Alberto de Herrera preguntó: "¿Qué estará pensando Luis Batlle? No me gustaría estar en su lugar". Hierro dijo muchas veces, no lo que estaba pensando Luis Batlle, pero sí lo que estaba haciendo esa noche: estaba atendiendo el teléfono de su casa. Y allí lo llamó Hierro, esa misma noche, y la respuesta de Batlle fue: "Lo espero mañana, a las nueve de la mañana, en el diario 'Acción'". Al otro día, en el diario "Acción", un conjunto de hombres del Partido Colorado y del Batllismo reiniciaron -como siempre se reinicia en la vida democrática- la lucha política para volver a obtener el Gobierno algún día.

Ese Hierro parlamentario, Presidente de la Cámara de Diputados, Senador de la República, también Ministro de Educación y Cultura, fue un hombre del hacer y del muy buen decir. Diría que Hierro fue un uruguayo muy uruguayo; fue un rioplatense muy rioplatense. En su estampa, en su pinta, en su forma de vestir, en sus bigotes, en sus lentes, en su forma de gesticular en el discurso y en el diálogo personal, yo diría que fue un rioplatense de la década del cuarenta, sin duda alguna, en su estilo y en su perfil personal.

Habló en nombre del Partido Colorado el 26 de junio, la última sesión de la Cámara de Senadores de l973, en la que invocó a la figura inmensa de Baltasar Brum. Para Hierro, la caída de las instituciones democráticas fue un asunto personal; sin duda alguna, lo fue.

En una oportunidad en que su hijo cayó preso, transcurridas las primeras horas -que, como saben muchos de los que están aquí, eran las de mayor inquietud en esa época, hasta que se sabía el lugar donde se hallaba el detenido y las cosas adquirían un tono un poquito más tranquilizador-, cuando se le informa que estaba detenido en tal lado, él dice: "¿Cómo quieren que no esté triste o con desazón? Empecé mi vida pública con la dictadura de Terra," -como decía él- "luché toda la vida para que eso no volviera a ocurrir en el país, y ahora nos sucede esto".

Fue, sin duda alguna, un infatigable militante, reunidor de tertulias en su casa, de grupos políticos, de dirigentes jóvenes y viejos, durante todos esos años. El recuerdo de esas épocas es entrañable para todos. El "Seminario", el boliche de Onetti y de Hierro, y, como tantas veces se ha dicho, de los grandes silencios entre ambos; don Félix, todo su grupo de amigos del viejo Cámera, del que no voy a mencionar en el día de hoy más que a tres, porque de lo contrario cometería errores. Creo que al caudillo Goncalves hay que nombrarlo, al igual que a Bagnatti y, sin duda, a Juvencio, que fue su secretario en el Senado de la República, así como a todos los jóvenes que se acercaron a Hierro en esa época. Los que eran del Partido y los que no lo eran, los que en el Partido tenían opciones diferentes a Hierro por ser más de izquierda, más de derecha o más de lo que se quiera, todos, tuvieron allí en Hierro la palabra, el mensaje, la inquietud intelectual.

¡A cuántos de nosotros inició en lecturas, en inquietudes! ¡Hasta nos decía cómo teníamos que leer, por ejemplo, los libros de los grandes pensadores en materia económica en el mundo! Decía: "Se van a perder si leen las fórmulas, pero si ustedes leen los

conceptos de los grandes economistas van a ver que no son grandes economistas. Los grandes economistas son todos grandes pensadores y también hay que estudiarlos desde ese punto de vista".

En la época de aurora de l982 y l984 estuvo entre todos nosotros en primera fila, y más adelante ocupó, por supuesto con dignidad, la Embajada de Uruguay en España, porque así lo dispuso el entonces señor Presidente de la República, doctor Sanguinetti. El se enorgullecía mucho de haber estado en la organización de Paso de Morlán y se enorgullecía mucho de haberse enrolado en el Ejército Republicano Español durante la etapa de la Guerra Civil en España. Entonces, para él, ser Embajador en España en esa época fue, sin duda alguna, una cosa muy importante. Y cuando se va del Senado de la República, en una carta que escribió varias veces y que, si mal no recuerdo, Verónica se la pasaba en limpio una y otra vez, porque para Hierro irse del Senado era algo muy importante, expresó algunas cosas que en definitiva brindan un perfil de él y que por eso me permito leer en el día de hoy.

Dice así: "La circunstancia de que seré designado Embajador de la República, me impone la obligación de presentar renuncia al cargo de senador que ocupé hasta hoy por mandato de la elección nacional del 25 de noviembre de l984. Imposición, señor Presidente, dolorosa, ya que clausura una larga actividad parlamentaria, iniciada hace treinta años y sólo interrumpida, antes, por la decisión brutal de la fuerza y no por la de la voluntad popular.- Si mi labor en los ámbitos parlamentarios ha sido o no útil y fecunda no lo sabré apreciar y no seré yo quien lo diga. Tampoco tal vez, lo dirán los cronistas de estos tiempos que vendrán para registrar acontecimientos más importantes. Sólo espero que el honor y la vocación democrática que me impulsaron queden tan limpios, para legarlos a mis descendientes, como cuando los recibí de mis mayores.- Con melancolía, que es un sentimiento siempre presente en esta raza hispanoamericana a la que pertenezco y en la que está instalado mi destino, tomo esta decisión y formulo esta despedida.- Me voy a cumplir otras funciones, con tanta humildad como la que tuve al asumir la que hasta hoy realicé, con un ruego: que la Paz, la Justicia, la Libertad, la Democracia y el amor entre los uruguayos por los que he luchado sin abdicación alguna en tantos años de mi larga vida pública, sigan rigiendo la Nación. Y que Vos, Senado de la República, sigáis siendo su protagonista eminente".

Los últimos años de Hierro están marcados en forma muy fuerte, yo diría que por dos cosas. Por un lado, por su actitud vital. Nunca se resignó a envejecer, nunca se resignó a no querer seguir viviendo, nunca se resignó a no ser un gran conquistador en todas las formas y maneras posibles. Y por otro lado, sin duda alguna, por su actividad intelectual.

Hay muchos libros, muchos discursos, muchos homenajes, como el homenaje a Estable o el que le hace a Artigas. Pero yo quisiera mencionar tres de sus libros que me parecen muy importantes. Uno de ellos fue escrito en 1970, "Pablo anti-Pablo"; el otro es el último que escribió, "La luz no sabe que ilumina", que, para mí, constituye un gran grito a la vida; y, finalmente, "El sórdido clamor y otros relatos", escrito en 1974, año muy difícil para Hierro porque había perdido a su compañera y a su democracia. Parece mentira: un hombre tan urbano, pero que en su literatura y en sus relatos vuelve, una y otra vez, a su Melo, a su Treinta y Tres y a su barrio Palermo.

Quiero decir que si hoy homenajeamos a Hierro resulta imposible no homenajear a Luis Antonio, pero también es imposible no homenajear a Verónica, que fue quien lo mantuvo así en esos tiempos, para todos nosotros.

Deseo terminar leyendo otro poema de Hierro, que dice: "Así, y de otros modos, volvemos a las soledades que nutrieron los fuegos interiores que tantas veces nos alimentaron y otras tantas nos dieron su límite de horror, la persistencia del temblor imposible de la nada, el pedal del acorde del misterio el desconsuelo y la desesperación. Aseguro que es nada y sin embargo presiento su aleteo sobre mi hombro y el confuso rumor de estas presencias, aunque no es nada y la vida es todo y creer y afirmar y crear será nuestro destino mientras vamos muriendo."

Señor Presidente: yo he hablado de Hierro porque no me gustan los homenajes en los que se habla de uno mismo para referirse al homenajeado. He tratado de cumplir y, por suerte, la responsabilidad venció a la emoción. Me quedo ahora con la emoción para mí.

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la barra)

SEÑOR PRESIDENTE (Penadés).- La Mesa quiere destacar la presencia en los palcos de los familiares directos del ex Senador Luis Hierro Gambardella, a quienes se les da la bienvenida, así como la del señor Presidente de la Corte Electoral, señores Ministros y Subsecretarios de Estado, ex legisladores nacionales, Ediles y autoridades nacionales y departamentales.

Continuando con la lista de oradores, tiene la palabra la señora Diputada Rondán.

SEÑORA RONDAN.- Señor Presidente: a diferencia del señor Diputado Díaz, no voy a poder ser tan objetiva para hablar de don Luis y, de pronto, no hablar de Luis Antonio o de Verónica, porque en nuestra adolescencia compartimos, desde muchos lugares del Partido, muchísimas cosas que a mí hoy me gustaría compartir con todos ustedes. Y voy a leer, porque no sé si de otra forma la emoción me permitiría ser suficientemente coherente como don Luis merece y como, además, él me lo hubiese exigido en una circunstancia como ésta.

Para empezar, quiero leer dos brevísimos textos que tienen que ver con él: uno es el fragmento de un poema y el otro una intervención suya, pues alrededor de estos dos temas va a girar lo que hoy voy a expresar.

Decía don Luis: "[...] desde la época de los griegos, el ser humano discute entre formas y esencias. Este es el gran diálogo entre Aristóteles y Platón; las formas o las esencias, ¿qué es lo que perece o qué es lo que queda? Yo, naturalmente, creo que las formas perecen y la esencia es inmortal y que, a veces, para que la inmortalidad sea real, es necesario que perezcan las formas". Y es por eso que estamos aquí, señor Presidente: porque la esencia es inmortal y la esencia de don Luis será y será y será inmortal en tanto los pueblos comulguemos con la democracia, con la paz, con la libertad y con la solidaridad.

Voy a hacer una brevísima reseña acerca de cómo se desarrolló su vida desde el punto de vista político.

Cuando en 1933 el país vive el quiebre institucional, don Luis Hierro Gambardella, con apenas dieciocho años, se incorpora a las filas del Partido Colorado y, dentro de él, a la Agrupación Batllista Avanzar, que fundara, entre otros, Julio César Grauert. Participa en grupos juveniles, es Convencional por su Partido, tiene una destacadísima participación en el Comité Ejecutivo Departamental y dirige el periódico "Avanzar".

Fue fundador y lideró el Comité José Enrique Cámera. En 1943 es Secretario de la Intendencia Municipal de Colonia. Allí ejerce como profesor de Idioma Español, Literatura y Filosofía. Es Edil por Montevideo de la Lista 15; electo Representante Nacional en 1958 y en 1962, ejerce la Presidencia de la Cámara en el año 1964; Senador en 1966; Ministro de Educación y Cultura; Embajador en el Reino de España en 1985, durante el primer período de Gobierno del doctor Julio María Sanguinetti.

Fue poeta, narrador, pero esencialmente un hombre que vivió intensamente su peripecia existencial. Toda vez que amó, lo hizo con una entrega total, como si le fuera la vida, dejando su impronta de una vez y para siempre en todos los que lo conocimos y lo amamos. El amor fue el motor de su vida y el amor lo llevó por distintos senderos: el de la política, el de la literatura, el de la familia y el de todos aquellos amores silenciosos que se le prendieron, al decir de Serrat, "en el corazón, el vientre y los ojos".

Fue uno de los pilares que sostuvieron nuestra colectividad política; integrante del corazón de la Lista 15, aportó a Luis Batlle lo mejor de su inteligencia y, en momentos en que el líder de nuestro Partido reunió un conjunto brillante de jóvenes, él siempre se distinguió como periodista en el diario "Acción". Fue un orador brillante y con gran fuerza de convicción, emotivo, de bellísimas metáforas, todas ellas impregnadas por un profundo conocimiento de los temas que abordaba.

Sin duda, el ser humano, único, indivisible e irrepetible, es, además de esa unidad maravillosa, la imagen que proyecta en los demás. Por eso, señor Presidente, me gustaría dar lectura a conceptos vertidos por algunos señores legisladores con motivo de los diversos homenajes que se le han realizado.

Decía el entonces señor Senador Cigliuti: "Cabe aplicar a su modo de ser la expresión con que Ortega definía su admiración por Renan, es decir, lo que impresionaba de Hierro Gambardella era su modo sociológico, su estrategia interior, la armonía de su alma y su solidaridad inconmovible con sus principios [...]".

¡Vaya si impactaban en nosotros, jóvenes admiradores de su personalidad, esos mecanismos psicológicos, en donde todo a veces parecía acrisolarse en

un silencio profundo, que no daba ni permitía lugar a las palabras! ¡Vaya si los vivimos desde nuestra bancada de Diputados y en el bar de la calle San José y Barrios Amorín! ¡Cuánto apreciábamos y disfrutábamos al compartir esos "silencios compañeros", como él los llamaba!

Me parece estar viéndolo: su figura reclinada en el respaldo de la silla, el cigarrillo como distraído en su mano y la mirada que iba más allá de los cristales del pequeño bar, que él había dado en llamar "la oficina". Tenía algo de místico en su persona, que atrapaba; era profundamente inteligente, pero con nosotras, jovencitas inexpertas, tenía la capacidad de esperar por el otro, para que así pudiéramos seguir su línea de pensamiento. Y muchos años después, el actual Intendente Municipal de Montevideo, arquitecto Mariano Arana, apuntaba precisamente a esa personalidad sorprendente y atrapante, y expresaba: "Queremos expresar que para nosotros Hierro Gambardella fue una de esas figuras políticas a la que veíamos, desde nuestra condición de estudiantes universitarios, como una de esas personalidades singulares y significativas".

Fue nuestro consejero y amigo -como tantos otros- en épocas de reconquista de la democracia. Hijo de colorados, colorado y batllista, trasmitía permanentemente los valores de nuestra colectividad. A veces, en el querido e inolvidable "Correo de los Viernes", en el fragor de una discusión nuestra donde, fruto de la inexperiencia, aparecía una actitud intransigente, nos hablaba de tolerancia, de la capacidad de atender y entender las razones del otro, de no abdicar jamás de los principios, a los que él nunca renunció, pero a respetar el derecho al disenso, único camino posible para la democracia real.

Y creo, señor Presidente, que algo de eso hemos aprendido en el transcurso de este doloroso trayecto de encuentros y desencuentros que desde hace tiempo le toca vivir a la República. Sin duda, el señor Diputado Chápper aludía a esa tolerancia cuando decía: "Fue un hombre libre, tolerante y fraterno". Y don Pancho Rodríguez Camusso, al referirse a su personalidad, consignó: "Hierro Gambardella era un polemista acerado y temible, al que jamás vi descender ni al agravio ni al ataque personal".

Era, señor Presidente, un gran compañero. Con él aprendimos el profundo contenido semántico del vocablo "compañero", compartir el pan, que supone el ejercicio de saber dar con generosidad y saber pedir sin soberbia. Eso, señor Presidente, ese compartir cálido y fraterno lo vivimos en su apartamento de la calle Beisso y Colonia, luminoso y repleto de libros. Allí, en un sillón -que la "Negrita" Vázquez llamó "el sillón del Senador", en un precioso cuento que jamás publicó y que sólo conocimos sus amigos-, escuchaba, no siempre con paciencia, a quienes con distintas inquietudes íbamos a verle. Pero aun así, siempre nos regalaba una profunda reflexión seguida de una anécdota ejemplarizante, a veces de su fecunda vida política y, otras, de su agitada vida personal.

Fue solidario y objeto de grandes solidaridades, como la que narra el actual Vicepresidente del Banco de Previsión Social, señor Bernardo Pozzolo: "Sin haber sido advertidos, sin conocer quienes allí estábamos que ello iba a suceder, el señor Presidente de la Asamblea General, el señor Presidente del Senado, en ese momento en ejercicio de la Presidencia de la República, dio un paso al frente y leyó un magnífico discurso, lo que nos conmovió gratamente".

Como decía, tenía todos los atributos, porque además de inteligente, tolerante y solidario era un hombre de un gran coraje personal. Siempre estaba dándonos ánimo, instándonos a seguir adelante. Muestra de ello son las palabras vertidas por mi amigo, el señor Senador Singer, quien dijo: "Creo que fue por el año 1959 que sufrió un tremendo accidente automovilístico que casi le costó la vida. Lo fui a ver al hospital donde se hallaba internado y lo encontré absolutamente irreconocible. La verdad es que cuando se visita a un amigo o a un hombre importante a quien se quiere o admira -como era mi caso con Luis Hierro Gambardella- y se lo encuentra en esas condiciones, a uno se le oprime el alma. La respuesta de Hierro fue: 'Muchacho, dentro de pocos días nos vemos. ¡No te achiques!'. Me lo dijo a mí, cuando era yo quien lo había ido a ver, a expresarle mi cariño, mi solidaridad".

Hasta ahora hemos recreado la imagen proyectada, pero, al decir del pensador cristiano, "somos hijos de nuestras propias obras". Por eso, me gustaría que fueran sus palabras, las de don Luis Hierro, su elocuente decir, lo que nos condujera en este trayecto de ida y vuelta que sólo se puede andar cuando hablamos de hombres como éste, que desde su imponente personalidad y fecundo pensamiento nos per-

miten recorrer el pasado, pasando por el presente, sin perder la perspectiva del futuro.

Corría el año 1972 y don Luis se refería al secuestro de su compañero y amigo, redactor responsable del diario "Acción". El dijo: "Señor Presidente: expresiones formuladas aquí por algunos señores Senadores me han traído el desolador recuerdo del secuestro del señor Homero Fariña. En momentos en que estamos reunidos aquí, hace 48 horas que Homero Fariña, nuestro compañero de acción política y redactor responsable del diario 'Acción', futuro legislador por nuestro sector, ha sido raptado.- Expreso, en mi nombre y en el de mis compañeros, nuestra más profunda indignación por esta alteración de la libertad". Recordamos esas horas con la congoja propia de un mal recuerdo y con la profunda convicción de que nunca más andaremos esos caminos.

Hoy, la educación formal y los valores que a través de ella trasmitimos como pilares esenciales de la sociedad, están en permanente controversia. ¡Qué claras las palabras de Hierro en oportunidad de conmemorarse los cien años de la fundación de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular! El dijo: "La figura magistral y señera de José Pedro Varela y de sus contemporáneos, contribuyen a dar un giro trascendental para el destino de la República.- Esa transformación, señor Presidente, responde nada menos que a la intervención auténtica de la República, en sus valores de paz y libertad [...] José Pedro Varela es el primero de los orientales que entiende que el espíritu debe servir a la praxis. Hasta ese momento la acción era el producto de las pasiones. [...] El primer hombre de pensamiento que comprende que tiene instrumentos reales y vitales para conformar a su país con ese pensamiento, es José Pedro Varela".

Y seguía diciendo que nosotros somos herederos, quizás malos herederos, de tan inmenso legado espiritual. "Digo quizás malos herederos porque estas generaciones tienen conflictos para trasladar y trasmitir la sabiduría de los hombres".

Queremos, señor Presidente, hacernos eco de las palabras de este hombre que, como decíamos anteriormente, tenía la facultad de ver el porvenir. Desearíamos que sus palabras hicieran carne en todos y cada uno de nosotros para que con idéntica humildad asumiéramos el mandato de los tiempos que nos toca vivir y no la inmediatez de lo personal.

La poesía y el periodismo fueron también sus grandes amores. Así se definía en marzo de 1973: "Me siento orgulloso de haber dejado largos años de existencia en el diario 'Acción' conjuntamente con un núcleo de hombres que están en la vida del país, algunos aún en nuestro sector; otros, en otros caminos. Desde 1956 a 1964 fui Redactor de ese diario y entre los títulos de honor que tengo, figura el de que no cobraba sino que pagaba mi contribución mensual de la deuda que aquél diario tenía para poder solventarse".

El diario "Acción" y la Lista 15 han sido y son, para nosotros, blasones que ostentamos con orgullo, escudos donde reposan nuestras defensas y fuente inagotable de fe y esperanza porque es allí donde aprendimos, con hombres como él y tantos otros -como Paz Aguirre, Jorge Batlle, "Maneco"-, de coraje, de lucha, de renunciamientos, de derrota y finalmente de victorias. Sin duda, Luis Hierro fue el fiel representante de esos valores.

Como batllista y humanista que era, Hierro sentía un profundo respeto por la persona humana. En virtud de ello, me gustaría recordar sus palabras en ocasión del atentado al Senador Kennedy. En ese momento dijo: "El hombre debe ser sagrado para el hombre. Creo que es el decálogo de todas las religiones y aun de aquellos que no tenemos religión, esa expresión, es decir, que el hombre sea sagrado para el hombre". Los valores de la convivencia, la paz, la libertad, la no violencia y el respeto siempre estuvieron presentes en cada uno de sus actos. Este es sin duda uno de los más fuertes legados que nos ha dejado a quienes tenemos el atrevimiento y el honor de sentirnos hoy herederos de su filosofía. Jamás dejaremos de oponernos a los violentos, vengan de donde vengan, estén donde estén, profesen el totalitarismo que profesen. Y con él decimos, como aquella noche del 26 de junio, que arrojamos la sombra de Baltasar Brum a los cobardes tiranos.

Voy a terminar diciendo algo que él también expresaba: "Creo que es imprescindible que blancos, colorados y hombres de todos los partidos hagamos, permanentemente, la evocación de las grandes figuras tutelares que están en la historia, que no son ya ni blancos ni colorados, sino de la nación. Nos pertenecen, nos mandan, nos abruman, nos obligan". Debemos volver a los originarios sentimientos que fundaron nuestro país y sentirlo, no sólo como un destino viable, sino como algo muy grande para todos los

uruguayos. Y seguía diciendo Hierro con relación a la situación por la que atravesaba Uruguay: "tan dramática, a la que deben concurrir todos los partidos, sin querellas que nos hieran innecesariamente, pensando que todos tenemos la responsabilidad de encauzar la marcha del país hacia senderos de afirmación nacional. Lo que importa [...] una coincidencia de rumbos en el destino democrático, sabiendo que todos la vamos a cumplir: blancos, colorados, democristianos y comunistas -no me asustan el origen ni la filosofía de los partidos siempre que acaten las normas constitucionales y respeten las instituciones de la nación [...]". Proféticas palabras, señor Presidente. Fueron dichas el 15 de julio de 1969 y tienen hoy, 17 de julio de 2001, absoluta vigencia. A ellas nos tendremos que aferrar todos con uñas y dientes; no es otra cosa lo que estamos tratando de hacer desde el Gobierno Nacional.

Pensaba terminar con palabras con las que él recordó a Luis Batlle; solamente voy a leer la última parte, que expresaba: "Sí, somos sus herederos; sí, esta inmensa colectividad que le siguió y amó, es su heredera; nosotros le juramos a la República que por nuestro sacrificio, por nuestra lucha, sin lágrimas, con canciones, Batlle seguirá viviendo". Yo me atrevería a decir, con mis entrañables amigos, sus hijos, Verónica y Luis Antonio, con Ruben Díaz, con Julio Aguiar, con Marta Silveira, con Cristina Batlle, con Juan Carlos Barrera, con Alicia Bagnatti, con Néstor Garibaldi y con muchos otros que hoy no están: sí, don Luis, somos sus herederos, tomamos su bandera; hoy le juramos a la República que por nuestro sacrificio, por nuestra lucha, sin lágrimas, con canciones, usted seguirá viviendo. Usted, como don Francisco Giner de los Ríos, al decir de Machado: "Como se fue el maestro la luz de esta mañana me dijo: Van tres días que mi hermano Francisco no trabaja".

(Aplausos en la Sala y en la barra)

——"[...] Los muertos mueren y las sombras pasan; Lleva quien deja y vive el que ha vivido. ¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas!".

Don Luis ha vencido a la muerte porque está con nosotros; está en su hijo, que es el Vicepresidente de la República, en el afecto incambiable de Verónica y en cada uno de los uruguayos que luchan por tener una República libre y democrática.

Termino con un poema suyo de "Pablo anti-Pablo": "No reclamo más música pues la música es tiempo y el tiempo se destruye. Aquí han venido palabras definitivas y perfectas. La muerte ha sido devorada por la victoria".

La victoria es suya, don Luis; nuestro, el compromiso de cumplir.

(Aplausos en la Sala y en la barra)

SEÑOR PRESIDENTE (Penadés).- Tiene la palabra el señor Diputado Bellomo.

SEÑOR BELLOMO.- Señor Presidente: intentar reseñar brevemente una vida digna y relevante como la de Luis Hierro Gambardella entraña, sin ninguna duda, muchos riesgos. El primero de ellos es incurrir en algunas omisiones; para evitarlas, trataremos de proceder con rigor histórico. Pero hay otro más, entre tantos riesgos: seleccionar algún episodio relevante de una vida relevante.

Reafirmamos hoy el homenaje que la Cámara de Representantes y todo el Parlamento rinden a un luchador inclaudicable contra las dictaduras, y digo "las dictaduras" porque Luis Hierro Gambardella enfrentó más de una, con dignidad y triunfante. Fue un luchador inclaudicable por la vida, por la libertad y por la democracia. Voy a asumir uno de los riesgos que mencionaba y a referirme sólo a un período breve de una fecunda vida, que no por estar circunscrito a una comarca -específicamente, la ciudad de Las Piedras, tan cercana a mi querida ciudad de La Paz- es menos importante.

Luis Hierro Gambardella fue parte de un emprendimiento, de un proyecto, de un riesgo social que muchos compartieron y que encabezaron y dignificaron algunas personas que quiero mencionar expresamente en la tarde de hoy. El proyecto periodístico -más que periodístico, libertario- "La Plaza" nació en Las Piedras e imprimió la mayoría de sus números en la imprenta donde trabajé durante treinta años. Allí tuve el enorme placer de leer los artículos antes de que salieran a la calle, antes de que cobraran vida social; les puedo asegurar que eso fue para mí reconfortante. También fue estimulante conocer a Luis Hierro Gambardella, aunque más no fuera brevemente, en uno de sus vibrantes discursos, pronunciado el 31 de mayo de 1980, en la sala del Club Solís de Las Piedras, en un acto no permitido y asumido entre decenas y decenas de amigos y compañeros.

Nos parece importante destacar que el emprendimiento periodístico y libertario dirigido por Felisberto Carámbula y del que formaban parte sus hijos, Marcos y Gonzalo, y el actual Diputado Enrique Pintado -importante colaborador-, también contó con la participación de Luis Pérez Aguirre, Juan Martín Posadas, "Cacho" López Balestra, Reina Reyes, Ronald Meltzer, Eduardo Milano, el ingeniero Emilio Falcone y otros tantos. Aquí asumo otro riesgo: el de las omisiones. Desde ya pido las disculpas del caso. Este proyecto nació en un local de Las Piedras en el que se generó un "fugaz y hermoso territorio libre americano. Pequeño en extensión. Infinito en amplitud de pensamientos. Allí concurrieron todos quienes de alguna manera se sienten libres: ése fue el salvoconducto para ingresar al territorio". Alguien que nació y murió libre, como Luis Hierro Gambardella, que ejerció su libertad durante su vida, en la lucha por la democracia y cuando ésta no estaba presente, escribió algunas palabras que pretendo que sirvan como humilde y sentido homenaje y que, al ser vertidas en esta asamblea, cobren su voz. “Nosotros, hombres libres, queremos una revolución”, dijo Luis Hierro Gambardella. “Una revolución de la alegría. Acá no hay odios, acá no hay sentimientos de venganza, acá hemos dejado nuestros sufrimientos, acá hemos dejado nuestros recuerdos sombríos, y queremos una revolución de la alegría. Que al Uruguay le vuelva el semblante de alegría, que podamos llorar nuestros muertos, que podamos reencontrarnos con los que están fuera del país, y festejarlo en libertad, con alegría. Sépanlo los cavilosos: no va a haber venganzas. No hay mayor ni más hermosa venganza para los hombres libres que dar alegría".

Hace pocos días, cuando el entrañable amigo y compañero Marcos Carámbula me alcanzaba estas cosas, me decía que el material de Luis Hierro Gambardella era el primero que llegaba. Ello habla de su alto sentido de la responsabilidad; por ejemplo, si la revista salía los viernes, el lunes, cuando tenía lugar esa doble reunión de trabajo y de militancia contra las tinieblas, contra las sombras -con los riesgos que esto representaba-, el primer material que llegaba era el de don Luis Hierro Gambardella.

Yo quiero que don Luis Hierro Gambardella nos dé un afectuoso tirón de orejas a todos y a cada uno de nosotros en estos momentos, puesto que pasado mañana se cumplen diez años de su desaparición física.

En una nota publicada en el año 1979 en "La Plaza", bajo el título "Albert Einstein por Albert Einstein", decía: "Hace muy poco tiempo, la humanidad toda recordó, con la emoción que merecen los grandes, el primer centenario de Albert Einstein, nacido en Ulm en 1879". Y aquí viene el tirón de orejas con el que, respetuosa y seriamente, nos permitimos discrepar; es parte de la democracia que también él quería. Dice: "(A propósito: creo que se debería desterrar, en cuanto a recordaciones colectivas, y con respecto a los grandes hombres, la celebración mortuoria. Lo que la humanidad les debe es la gratitud por su nacimiento y debe expresar su alegría porque la ha enriquecido -a veces milagrosamente- y no el dolor, natural, por la desaparición también natural)".

Reitero: con todo el respeto hacia el autor de estas letras, que supo ser un relevante ciudadano, Edil, Diputado, Senador, Ministro, Embajador, y cuyo solo nombre nos hace evocar y repasar nada más y nada menos que seis décadas de la vida política de este querido país, le voy pidiendo perdón, porque no voy a esperar al 1º de setiembre para celebrar su cumpleaños, sino que, aun en la solemnidad y en la tristeza que puede evocar este momento, lo haré en el renacimiento de la alegría que quiso don Luis Hierro Gambardella y por la que nosotros, como la gran mayoría de los orientales, queremos y estamos dispuestos a seguir luchando.

A su familia y a su colectividad política, ¡salud!

(Aplausos en la Sala y en la barra)

SEÑOR PRESIDENTE (Penadés).- Tiene la palabra el señor Diputado Orrico.

SEÑOR ORRICO.- Señor Presidente: me inicié en la vida política con Luis Hierro Gambardella, en el viejo Comité José Enrique Cámera. Como se hablaba de sus amigos, quisiera recordarlos cantando, en noches muy largas y muy amables: "El sí, el sí, el no, el no, vayan haciendo escuela para aprender de Hierro Gambardella".

Hierro Gambardella tenía un fino sentido del humor, y con el hoy Vicepresidente de la República, mi compañero en los Preparatorios del IAVA, habíamos hecho una pequeña travesura. A los poemas de Delmira Agustini les habíamos puesto música de tango y de "twist", y Hierro, que era un admirador de Delmira, nos pedía que cantáramos aquello; había que sentir

sus carcajadas disfrutando esto que todavía recordamos; y me da mucho gusto ver la risa de su hijo.

Quiero recordar a la familia Hierro López, no solamente a Hierro Gambardella, porque, en 1963, con Luis Antonio estábamos en Preparatorios y nos habían quedado muy pocos días entre el examen de Historia y el de Italiano. Pensamos que no lo íbamos a dar, pero un día Luis me llama a mi casa y me dice: "Mirá, Verónica sabe italiano y dice que nos va a enseñar. ¿Por qué no venís y estudiamos juntos?". La pobre Verónica hizo de profesora nuestra con una dedicación ejemplar, y yo fui un pupilo en el apartamento de la calle Abadie Santos de los Hierro López, que me mantuvieron -mis padres estarían muy contentos; se habían sacado un problema de encima-, y además debo decir que Luis Antonio Hierro y yo salvamos el examen, así que, Verónica, nosotros cumplimos.

Quiero decir estas cosas porque pasaron muchos años y, más allá de los avatares políticos que ubicaron a cada cual en el lugar que le pareció que debía estar -Batlle hablaba del no siempre claro camino del deber-, soy un agradecido a Hierro. Quiero recordar al Hierro del bar "Seminario", que estaba en la esquina del Comité José Enrique Cámera, en charlas que eran docentes, porque era un hombre que enseñaba sin que uno se diera cuenta. Me hizo odiar a algunos autores muy requeridos -a quienes, naturalmente, no voy a mencionar-, que tienen mucha fama y con cuyos nombres se han designado calles, y me hizo querer a otros que tal vez no se nombraran tanto.

Quiero recordar al Hierro que me hacía los relatos de la Guerra Civil Española y que me hizo querer toda aquella heroicidad que había en eso que para tantos es la madre patria.

Conocí a Hierro Gambardella en 1964, un año muy duro para el Partido Colorado, porque el 15 de julio falleció Luis Batlle. Todos sabemos que en ese momento la vieja Lista 15 se dividió; había muchas y febriles reuniones para tratar de determinar qué camino se iba a tomar. Un día estábamos en una reunión del Comité José Enrique Cámera y, con el atrevimiento que a uno le dan los diecisiete años, me levanté y hablé, llevando la contra a la opinión más o menos mayoritaria. Cuando terminó la reunión, Hierro me llamó, y yo pensé: "Este me va a decir de todo; me va a relajar todo". Pero no; era para decirme que él apreciaba que yo hubiera tenido la actitud de hablar y que él me apoyaba.

Hierro hacía docencia de muchas maneras. Para nosotros, algunas eran terribles. Un día llegamos con Luis Antonio a un acto. Hierro estaba hablando y tenía la voz muy cascada, porque la campaña electoral estaba terminando y la voz ya no daba. Entonces, nos vio venir y dijo: "Bueno, vamos a aprovechar que llega la juventud; démosle paso". Y cuando quisimos acordar, por el micrófono anunciaron: "Seguidamente, hará uso de la palabra Jorge Orrico", o sea, yo. Después de que terminé aquella oratoria absolutamente improvisada y bajé, me dijo: "Bueno; de esto, no te vas a olvidar nunca más". Y realmente no me olvidé nunca más.

Es muy famoso el discurso que pronunció Wilson Ferreira Aldunate -justamente famoso- cuando el 27 de junio de 1973 se produce el golpe de Estado, pero el de Hierro Gambardella no le va en zaga en absoluto. Creo que cada cual fue a buscar su propia sombra, sus propios recuerdos. También recuerdo a Hierro hablando con mucha claridad, como un testigo de la historia que era, de Grauert y de Baltasar Brum, y desde esta tribuna que ocupo sigo siendo un admirador de Grauert y de Baltasar Brum. En gran parte, esa admiración que siento por esos dos grandes prohombres de nuestra patria se la debo a lo que me empezó a enseñar Hierro, porque le metía a uno el bichito de las cosas, lo dejaba, y después uno debía profundizar por sí mismo.

En aquel discurso de 1973, dijo: "La sombra de Baltasar Brum". Creo que la sombra de Baltasar Brum hace temblar a cualquier tirano. Y con mucho respeto hacia lo que muchos puedan opinar, para mí, y también para Hierro, Terra era un tirano, y frente a ese tirano, se levantó la figura de Brum para suicidarse gritando: "¡Viva la democracia!". Pero también, de algún modo, Hierro lo rescató ese 26 de junio para decir que la figura de Brum y las de tantos y tantos demócratas que en este país han sido, se levantaban contra ese tirano que, en ese momento, era Bordaberry.

Naturalmente, no estoy en condiciones de hacer un relato biográfico de la figura de Hierro Gambardella. Solamente quiero decir que es un individuo al cual recuerdo con mucho cariño, que lo quise mucho siempre, y a veces, cuando digo estas cosas, siento que soy como aquel que andaba por el mundo con un ladrillo para mostrar cómo había sido su casa.

Muchas gracias, señor Presidente.

(Aplausos en la Sala y en la barra)

SEÑOR PRESIDENTE (Penadés).- Tiene la palabra el señor Diputado Julio Silveira.

SEÑOR SILVEIRA (don Julio).- Señor Presidente: en este año y tanto que llevamos en este Parlamento nos hemos reunido para efectuar varios homenajes en todas las áreas de la actividad nacional, recordando a protagonistas de nuestro país.

En algunas oportunidades nos tocó referirnos a esas figuras que han transitado por las artes, por el pensamiento, por las actividades comerciales. Pero hoy estamos recordando a uno de los nuestros, a uno que eligió como opción de vida, como vocación, la actividad que también los que aquí venimos -y por eso venimos- hemos elegido. ¡Cómo hacen bien estos momentos en los que podemos volver la vista por un instante y observar el camino recorrido por el país, a través de la memoria y del recuerdo de estos hombres que lo signaron! A estos personajes los llamamos con razón maestros, ¡y qué bien se adapta el término a don Luis Hierro! Lo hacemos por encima de divisas y más allá de colores, que no pierden su dimensión e importancia porque signaron la vida de aquellos a quienes recordamos y porque no podemos desconocer su amor por ellos. Pero también en estos momentos, y en alguna medida, como decía nuestro Carlos Roxlo: "¿Qué importan las divisas? ¿Qué importan los colores?".

Don Luis Hierro Gambardella fue un maestro en toda la extensión de la palabra porque ejerció la docencia e hizo de ella un aspecto relevante de su vida, pero, además, porque impartió y dejó enseñanza de vida, de conducta y de moral.

No lo conocimos personalmente. Provengo de una familia que, afincada, profundamente enraizada en el interior, vivía muy cercanamente todos los acontecimientos nacionales. Siempre estuvo imbuida de la actividad política, por lo que estos acontecimientos nacionales y la vida de estos hombres me marcaron profundamente a través de mis mayores y de la idea que mis mayores tenían, inclusive en la distancia, de estos hombres que en ese momento protagonizaban los destinos nacionales. ¿Qué habrán sido para mí, un adolescente, un chico profundamente insertado en una familia muy blanca, tradicionalmente blanca, figuras como las de Batlle, Flores Mora, Hierro Gambardella y don Amílcar Vasconcellos -tan cercano a nuestra realidad por coterráneo-, colorados todos ellos? En el correr de esa vida nuestra lo recibimos, como a tantos otros, a través de la crónica histórica, de su obra, del recuerdo de quienes lo conocieron y compartieron su vida, de quienes llegaron a conocerlo y atesoran memorias que trasmiten habitualmente como anécdotas y que, en lo personal, disfrutamos en amenos coloquios con nuestro compañero y amigo Ruben Díaz, quien tan asiduamente las refiere. Y eso, lejos de desmerecer esta referencia que nuestro Partido nos ha encomendado como un honor, diría casi inmerecido, da mayor trascendencia a su personalidad. De estas referencias extraemos una, la de don Carlos Cigliuti al homenajearlo en el Senado aquel 19 de julio de 1991, que lo dimensiona extraordinariamente porque recorre todas las facetas que lo adornaron. Decía lo siguiente: "Se distinguían en Hierro Gambardella las condiciones sobresalientes que adornaron su personalidad", y retomando las palabras con que Ortega y Gasset definía su admiración por Renan y aplicándolas a la personalidad de Hierro, mencionaba "su modo sociológico," -¡qué interesante!- "su estrategia interior, la armonía de su alma y su solidaridad inconmovible con sus principios, a los que ofrendaba la suma de su valor, de su energía, de su conducta, su extraordinario talento, su cultura, enriquecida notablemente con el ejercicio de su actividad como profesor de literatura, desempeñada por tantos años en nuestra enseñanza media".

En mi condición de hombre del interior, quisiera hacer una referencia a la actividad cumplida por don Luis Hierro en función de la actividad municipal, tan vinculada con lo que es el día a día y lo fermental de la vida de nuestro Uruguay interior. Fue un hombre -en medio de esta condición de individuo culto- insertado en los más altos estamentos de la vida nacional, un intelectual y un político de alto vuelo. El señor Diputado que me precedió en el uso de la palabra hizo una referencia interesante acerca de su actividad municipal.

Quisiera rescatar también, de la memoria de este hombre que voló en los más altos niveles de nuestra cultura -y ésa fue su preocupación y actividad-, aquellas actividades del día a día de nuestro Uruguay profundo.

Nuestra clase política -permítaseme una definición de ese tipo, que no pretende ser más que identi-

ficatoria de una actividad que a nosotros y a ustedes con tanto amor nos convoca y reúne en un destino común por el que hemos optado- siente, sin comprenderlo a veces, que es agredida, como ha sucedido en los últimos días, en algunas oportunidades por personajes pequeños, tal vez sin estatura moral pero con medios que les dan capacidad para llegar e influir en el ánimo colectivo. Entonces, tenemos que mirarnos en los grandes para no flaquear, volver a beber en las fuentes que significan estos antepasados nuestros, como un caudal inagotable de amor a la sociedad a la que le han brindado su vida, manteniendo -y recurro nuevamente a don Carlos Cigliuti en su descripción- "una condición esencial, que fue la de la tolerancia política, a pesar de que Hierro Gambardella tenía ciertas reacciones momentáneas que lo colocaban en una posición radical e intransigente" -a la que la señora Diputada Rondán recién hacía referencia- "que prontamente dejaba paso a la cordialidad de su ánimo, a la confraternidad de su espíritu y a la tolerancia; tolerancia que naturalmente no llegaba a las cuestiones de principios o de moral en que era rectísimo e insobornable".

Hoy hacemos un alto en nuestra tarea para saludar la memoria de este gran uruguayo, porque ésta es también una forma de que esos valores que él encarnó y que aquí se refieren con tanta certeza en la palabra de los señores Representantes trasciendan una época y un contexto, para proyectarse y convertirse en los imperecederos valores que van constituyendo nuestra identidad nacional. Ellos se nutren de aquellos que constituyen los más altos y sagrados preceptos de nuestra civilización, pero también de los otros, de los que nosotros somos solamente los encargados de trasmitirlos a nuestros hijos: los que constituyen la esencia y la razón de nuestra convivencia. Lo decía también don Walter Santoro en el homenaje ya citado: "podemos expresar que rindiendo tributo a don Luis Hierro Gambardella se puede, sin duda, homenajear al sistema político de nuestro país. Solamente en un marco político como el que tiene y practica nuestro país, pueden actuar hombres de la jerarquía intelectual y moral de él".

Por ello, señor Presidente, señores legisladores, en su homenaje como maestro -no necesariamente con el título curricular, pero sí de la vida, a lo que habíamos hecho alusión-, en la satisfacción de que su hijo esté entre nuestros pares y sea uno de los hombres a quienes nuestro tiempo ha convocado a ostentar una de las mayores distinciones que un demócrata pueda alcanzar, y que seguramente hubiera sido orgullo de su padre, luego de haber sentido el dolor y la frustración de las dictaduras, de las que siempre abominó, como muy bien aquí se hizo alusión, queremos terminar recogiendo de aquella despedida de Gorgias, inmortalizada en la letra del maestro Rodó, el mensaje que nosotros, los ciudadanos de hoy, la generación que encara la responsabilidad, si se quiere, de conducir los destinos de este país, recibimos de hombres como el que hoy homenajeamos. Decía Gorgias: "yo os fui maestro de amor: yo he procurado daros el amor de la verdad; no la verdad que es infinita. Seguid buscándola y renovándola vosotros como el pescador que tiende uno y otro día su red sin mira de agotar al mar su tesoro".

Muchas gracias, señor Presidente.

(Aplausos en la Sala y en la barra)

SEÑOR PRESIDENTE (Penadés).- Tiene la palabra el señor Diputado Falero.

SEÑOR FALERO.- Señor Presidente: cuarenta años en la vida de un pueblo o de una nación son poca cosa, pero cuarenta años en la vida de una persona, como en el caso de don Luis Hierro Gambardella, es prácticamente la mitad de su vida. En estos cuarenta años, entre 1933 y 1973, un hombre de dieciocho años y un hombre de cincuenta y ocho años se opusieron, con la misma tenacidad y con la misma fuerza en sus convicciones, a una dictadura. De pronto parece regular o normal, pero sin duda es simbólico y constituye un elemento básico para entender la acción política del ser humano cuando, prácticamente en los dos extremos de su vida, en la juventud y ya en la madurez, frente a hechos trágicos del país un hombre mantiene la misma firmeza, basado en sus mismas convicciones en defensa del sistema democrático.

Creo que esto es esencial porque, en el transcurso de esos cuarenta años, sin duda la vida de don Luis Hierro Gambardella pasó por distintas etapas en cada una de sus actividades, que con mucho cariño, mucha alegría y profundas convicciones desempeñó y llevó adelante. Sin duda, también tuvo momentos de particular alegría y de particular sinsabor en su militancia política, sobre todo en su Lista 15, con todo lo que significaron para la historia de esa lista y del país los hechos que acontecieron entre 1958 y 1965. Yo los viví joven, en la ciudad de Canelones; además de

todos los problemas políticos y de las angustias personales que los políticos de la época sentían en el enfrentamiento natural que existía entre el Partido Nacional y el Partido Colorado, en esa ciudad los enfrentamientos se daban también entre la Lista 14 y la Lista 15. Allí, en esos enfrentamientos "de entrecasa" -por llamarlos de alguna manera-, había figuras que unos y otros tomaban como referentes. Sin duda, don Luis Hierro Gambardella era para la gente de la Lista 15 un claro referente en esa contienda interna que se mantenía casi a ultranza y en forma por cierto, más que dura, diría que durísima. Allí aprendimos a entender cómo las cosas tienen sus elementos adjetivos y sus elementos sustantivos, porque todas estas luchas internas de los Partidos quedaban de lado para hombres como don Luis Hierro Gambardella cuando los destinos del país eran realmente importantes. Ahí entraban en juego las convicciones profundas que tenía, la solidaridad que profundamente sentía y la fuerza de la acción política que practicaba, porque nunca iba a poner por delante los intereses de su sector o de su Partido cuando los que había que defender eran los del país.

Lo vivimos intensamente a partir de los años setenta porque, en definitiva, todos sentíamos -algunos más y otros menos- que en esa lucha cotidiana contra la dictadura opresora precisábamos compañía, mucha compañía, la que teníamos de nuestros compañeros de Partido y de generación, pero también de hombres de generaciones anteriores, que nos podían dar la visión de cómo era posible combatir y vencer a una dictadura, porque ya lo habían hecho, porque ya habían pasado por la experiencia. De alguna forma lo sentíamos en la acción política, en el mensaje de don Luis Hierro Gambardella expresado en "La Plaza" -como mencionaba el señor Diputado Bellomo-, o bien en los escritos a veces escondidos o a veces simbólicos que salían en distintos órganos de prensa. Los viernes siempre fueron días muy particulares para este país en materia de prensa libertaria. La prensa tendría que homenajear de alguna manera a los viernes, porque no sé por qué razón esos días se escribieron cosas muy importantes. No sé si será porque la gente piensa que va a descansar al día siguiente, pero lo cierto es que los días viernes se escribieron cosas muy importantes. En esa prensa, donde aparecía siempre don Luis Hierro Gambardella, nosotros sentíamos la compañía de la gente más vieja, que con su peso histórico, tradicional, de resistencia cotidiana y de una vida de lucha nos permitía seguir resistiendo, luchando y peleando para encontrar -como encontramos, por suerte, en 1985- la democracia en este país.

Por eso, haciéndome eco de todos los méritos literarios, personales, dialécticos, docentes y pedagógicos de don Luis Hierro Gambardella, lo hago fundamentalmente de la enseñanza que nos dejaron dos episodios separados en el tiempo por cuarenta años, pero también unidos en el tiempo por una historia de vida de la que nunca se podrá nada más que estar absolutamente maravillado.

Muchas gracias, señor Presidente.

(Aplausos en la Sala y en la barra)

SEÑOR PRESIDENTE (Penadés).- Finalizando la lista de oradores, tiene la palabra el señor Diputado Chifflet.

SEÑOR CHIFFLET.- Señor Presidente: en ocasiones en las que el Parlamento rinde homenaje a figuras como la de don Luis Hierro Gambardella, todos comprobamos que, cuando se alcanzan las dimensiones intelectuales, ejemplares, de gran militante, de político en la mejor dimensión de la palabra, desde todas las filas se destacan, con absoluta sinceridad, aspectos que, desde luego, forman parte del ser nacional.

Para no reiterar mucho de lo que aquí se ha dicho, deseo plantear, en primer lugar, una reflexión sobre las circunstancias en las que transcurrió su vida y, en segundo término, apenas algunos aspectos de uno de sus libros que, a mi juicio, conmueven sin ninguna duda a todos los lectores y, particularmente, a quienes tienen una posición definida en el plano social.

El siglo XX, en el que abrió y cerró sus ojos don Luis Hierro, sin duda fue -es obvio- de acciones muy importantes, de enfrentamientos de ideas, de luchas y combates, muchas veces armados, todos capaces de poner a prueba los espíritus más templados. Si apenas miramos algunos hechos sobre los que podemos decir que ya ha laudado la historia y advertimos qué actitud asumió en cada uno de ellos, sin ninguna duda podremos calibrar parte de su grandeza.

Ya se ha hablado de cuáles fueron la actitud y las devociones de don Luis Hierro en la Guerra Civil española, acaecida entre 1936 y 1939, en defensa de las instituciones de aquel país. Asistió, sin duda, a la contrarrevolución preventiva que fue el fascismo, al

nacimiento, al estallido del totalitarismo nazi y a los episodios de la Segunda Guerra Mundial -entre 1940 y 1945-, a las persecuciones raciales, a los crímenes y a los campos de concentración. En todos esos problemas, cada vez que se discutieron en el Parlamento o fuera de él, en las tribunas, o se buscó crear la opinión pública para detener lo que en algún momento parecía que avasallaba a la humanidad, estuvo don Luis Hierro con una voz firme, tranquila, serena, defendiendo ideas en pro de los postulados de la democracia y de las libertades.

En todos los episodios relacionados con el imperialismo en América y en el mundo, en los procesos de descolonización que siguieron a la gran conflagración mundial, aquí y en otros ámbitos, también se levantó su voz por las mejores causas.

Del plano nacional ya se ha hablado; apenas mencionaré algunos episodios, acaecidos no sólo en el ámbito nacional, sino también latinoamericano. A la crisis del 29 siguió la realidad de una Latinoamérica erizada de dictaduras; en la onda larga de esa crisis llegó aquí la dictadura de Terra. El joven don Luis Hierro, como se ha dicho acá, enfrentó con coraje, valentía y decisión a ese régimen. Y en la noche del 26 de junio de 1973, aquella misma noche tantas veces recordada aquí a propósito de otra gran figura, don Wilson Ferreira Aldunate, en la que convocó a su Partido, con entusiasmo, decisión, coraje y firmeza, a ser el vengador de la República, se oyeron muchas voces, de diversos Partidos, todos miembros de un gran Parlamento. Desde sus filas, Hierro Gambardella, con serenidad, con coraje, con un tono consciente de lo que se venía y de la tragedia que enfrentaría el país, recordó, como se ha dicho, a Baltasar Brum y comprometió su acción a aquel gesto.

Creo que podemos sintetizar su impronta, tomando lo que dijo muy bien el señor Presidente de la República en su carta, al afirmar que don Luis Hierro fue "un profundo demócrata en todas las instancias de su vida"; en esto hay acuerdo y su ejemplo, sin ninguna duda, merece el homenaje de todas las tiendas.

Quiero recordar brevemente algunos aspectos que no han sido analizados y que tomo de uno de sus libros, titulado "El Viento y la Siembra", donde traza la semblanza de personajes que frecuentaban en el año 1933 un café montevideano, el "Barrucci" -si no recuerdo mal, ubicado en 18 de Julio y Olimar-, casi todos integrantes de la Agrupación Avanzar o amigos de Julio César Grauert, fundador de aquella peña. En ese libro nos dice: "Siempre he sentido" -explica en el prólogo- "una gran atracción por los seres anónimos que, a pesar de ello, han hecho, sin pensar en sí mismos, sin pensar en su nombre, un trozo de la historia". Adviértase con qué belleza el poeta -que lo fue, sin ninguna duda-, el gran creador, define a estos militantes por sus ideales. Dice: "He sentido por ellos la misma atracción que se siente ante las catedrales medioevales evocando a los artesanos que las construyeron".

En este libro diseña, desde su memoria, desde su recuerdo, a una serie de personajes que, trabajando en la Agrupación Avanzar en su mayoría, "[...] trataban de incorporar" -dice- "a la gran corriente liberal organizada por Batlle, enlentecida" -reconoce- "en su andar, sobre todo después de su fallecimiento, conceptos sociales respecto al trabajo, motor de la riqueza colectiva, expropiado en gran parte por la intermediación y por el gran capital". Esta gente de la peña del "Barrucci" -dice- trataba "[...] de afirmar y desarrollar el postulado de que la gran propiedad de la tierra es un bien social, principio este expuesto por el propio Batlle en la Convención".

Quiero que se me permita recordar esto con la emoción que a un militante de izquierda le pueden provocar estas reflexiones y esta suerte de programa de ideas.

Puedo dar fe, en mis modestos recuerdos de cronista, que Hierro mantuvo durante toda su acción un estilo de pensamiento que siempre buscaba las raíces sociales y humanas de los problemas. En los sindicatos, de los que fui cronista durante mucho tiempo, se sabía con quiénes se podía contar lealmente dentro de cada sector y lema, por cuanto si decían sí a una reivindicación, la defenderían, y si decían no, se opondrían; desde luego, en el caso de Hierro no cabían dudas.

Se han recordado aquí sus discursos sobre Clemente Estable, Artigas, etcétera. Yo voy a citar, de lo que habló sobre Domingo Arena, apenas una frase que tiene que ver con algún aspecto de sectores heridos de la sociedad que, sin duda, suelen ser despreciados y hasta postergados. El propio señor Ministro del Interior, en muchos temas grandes como, por ejemplo, el carcelario, reconozco que tiene preocupaciones importantes que coinciden con las de la Comi-

sión de Derechos Humanos. Porque también en la Cámara estamos en contacto con una realidad terrible: los campos de concentración carcelarios. Y cuando nos preocupamos de esos temas, solemos enfrentar la incomprensión. Al pasar, en este homenaje a Domingo Arena, Luis Hierro Gambardella dice: "Creo que no hay en la historia de la crónica policial" -Domingo Arena era cronista policial de "El Día"- "nadie que haya empapado de tan sagrada humanidad la descripción del delito. Había algo de santidad en la misión que se propuso Domingo Arena cuando escribía la crónica policial. Más que el delito por la voluntad de los hombres, aparecía éste como un mandato desgraciado de la sociedad, sobre el cual había que establecer la redención del hombre". Cuando Luis Hierro homenajea a Domingo Arena, advertimos en su tributo algunas de las características generosas de su propia personalidad.

Este es un estilo que destaca, además, entre aquellos integrantes de la peña del "Barrucci", diciendo que todos sentían -adviértase- una especie de amor cristiano -de un cristianismo sin Cristo- por los pobres, por los sufrientes, por los desdichados.

He leído en recientes textos de los teólogos de la liberación, que explican que en los temas sociales hay que tener un punto de vista; ellos, sin ninguna duda chocando con otros sectores de la Iglesia, dicen: "Asumimos nuestro punto de vista, colocándonos desde el ángulo de la pobreza". En todos los partidos hay gente así, que son motor del progreso. Don Luis Hierro fue un testimonio de esto en muchas oportunidades.

Si se me permite, leeré apenas algunos párrafos de este libro, titulado "El Viento y la Siembra"; adviértase qué elementos valora y qué figuras homenajea don Luis Hierro en sus apreciaciones sobre gente del pueblo. Al hablar de un correligionario suyo, José María Ribeiro, dice: "Era regalador [...] Y he recibido de él, entre muchos más, éste tan hermoso". Un día le dijo: "-Mañana te espero al mediodía para hacerte un regalo.- De su casa al muelle distaban pocas cuadras. Mientras hacia allí nos encaminábamos, sonreía él, y yo ardía de curiosidad. Hasta que llegamos al muelle y allí me anunció: -Vamos a almorzar con El Viejo Llorca.- Ya nos aguardaba el viejo luchador. Alto, parco, con sus cabellos blancos aureolando una frente muy hermosa. Con ternura recibió a su amigo [...] y con sobria cortesía al invitado. Y luego de trenzar una charla en la que él rehuía y nosotros buscábamos sus recuerdos de luchador, nos llevó a la mesa para darnos su pan, su vino y su pescado, con un gesto apostólico, como si impartiera una bendición sin ritos, solemne en su humildad fraterna.- Corría la charla entre los tres, transparente de sencilla, tan cerca del corazón que latía para aprisionarla. Ya tarde nos fuimos. El Viejo Llorca, de pie, movía lentamente su mano para el saludo de despedida.- Fue la única vez que vi a aquel anarquista de los puros, que pocos años después murió en España defendiendo a la República".

Adviértase las devociones de Hierro en su lucha política por la libertad de España y este reconocimiento a un adversario, a un luchador anarquista en quien admiraba precisamente su lucha.

No es la única vez que él analiza esto. En el mismo libro recuerda a otra figura que fue del Partido Colorado y también del Frente Amplio: don Enrique Rodríguez Fabregat. Dice Hierro Gambardella: "Siendo Ministro de Instrucción Pública, allá por los finales de la década del veinte, tuvo noticias que llegaba en un barco, sin documentos de clase alguna, un luchador libertario catalán, que -por esa circunstancia- sería detenido por las autoridades uruguayas y posiblemente entregado a las españolas que lo perseguían. Subió" -don Enrique Rodríguez Fabregat- "sin consultarlo con nadie más que con su propia conciencia, a la cubierta del trasatlántico, buscó al personaje y tomándolo del brazo bajó con él a tierra, depositándolo finalmente en manos amigas. Cuando tuvo la seguridad que nada podía pasarle ya de inmediato, fue a visitar al Ministro de Relaciones Exteriores, que era don Rufino T. Domínguez", a quien expresó: "Le visito anunciándole que, conscientemente, he hecho bajar en Montevideo a un perseguido español y estoy tan consciente de mi falta formal como seguro de que por ella tendré que renunciar al Ministerio; pero no he venido solamente a hablar con el Ministro, sino con el soldado del Quebracho, porque sé que éste me entenderá". En la Revolución del Quebracho participó Batlle y Ordóñez y culminó en una derrota. Y continúa diciendo: "Don Rufino, que entre sus grandes antecedentes cívicos contaba el de haber sido Capitán del ejército revolucionario del Quebracho, escuchó a su joven colega casi con asombro. Pero cuando sintió invocar su condición más preciada -todos los que habían participado en aquella bellísima aventura como soldados de la Revolución del Quebracho vivieron

siempre emociones muy profundas al evocarla- sintió, en su despacho del Cabildo, un estremecimiento que lo sumió en un silencio profundo.- 'Pero Ministro, ¿cómo ha hecho semejante cosa?'. Y tras una nueva meditación, severo, pero marcándosele la alegría de una decisión que nacía de sus recuerdos más hondos, le dijo: 'Acá cerca hay otro sobreviviente del Quebracho'.- Caminaron unos cientos de metros y entraron en otro despacho oficial. 'Juan', dijo Domínguez," -el Ministro- "'te hablo como compañero del Quebracho (en realidad Domínguez había sido jefe de su interlocutor). Hay que encontrar una solución para este problema. Y bajo la luz del Quebracho, que los rejuvenecía, los dos hombres al fin, encontraron cómo tutelar al perseguido sin que nadie transgrediera una norma legal.- Juan, el interlocutor de Domínguez, era Campisteguy, el Presidente de la República".

Aquí, don Luis Hierro destaca otro gesto que realmente enalteció a Uruguay. En la biografía de Batlle y Ordóñez escrita por Zavala Muniz, se recuerdan hechos como éste. En oportunidad que un anarquista que sin ninguna duda iba a ser ejecutado en su país pasaba por Uruguay, las autoridades policiales no le permitieron descender. Aunque ese hombre, como anarquista, no se dedicaba a juegos florales, Batlle reclama a sus cónsules de todos los lugares que en el primer puerto que toque se le permita descender para que venga a vivir a esta tierra donde podrá predicar su doctrina y ejercer las libertades dentro de la ley.

Hay un libro titulado "Cartas Intimas", de Rafael Barrett, una figura anarquista que Frugoni describe maravillosamente en "La Sensibilidad Americana" y lo compara con un Cristo de nuestro tiempo. Don Luis Hierro dice que es probable que el anarquismo de Barrett haya sido un proceso interior, empujado por sus lecturas y sus reflexiones y por la presencia oprimente de las oligarquías y las dictaduras que lo asquearon con su fuerza ahogante desde Buenos Aires hasta Asunción. Y se interna en el pensamiento de este gran escritor, observando cómo a medida que entra en la pobreza y se enriquece con lecturas cada vez más hondas de Tolstoi, de Gorki, del Evangelio, que son los pilares humanísticos de su nueva formación, se va constituyendo en aquella personalidad excepcional que fuera Rafael Barrett. Y explica cómo "la presencia del dolor paraguayo" actuó en su espíritu como agente catalítico para determinar su anarquismo.

Quiero hacer una última reflexión, polémica, pero que me interesa traer aquí porque, aun siéndolo, estoy seguro de que cuenta con el respeto de los colegas. En alguna oportunidad, en 1958, cuando el Partido Colorado deja el poder después de muchos años, en este mismo Parlamento se vota la Reforma Monetaria y Cambiaria. Dice Hierro: "Llegaba al país una fórmula que conduce a soluciones cuya experiencia similar, parecida o paralela, en otros países, también similares al nuestro, ha causado graves daños a la economía y al vivir mismo de nuestros pueblos". Desde distintos sectores, reiteradamente se había insistido en esa oportunidad sobre cómo determinadas fórmulas aconsejadas por organismos internacionales causaban daño en los países de América. Pero lo que importa es esto que dice Hierro: "El señor Diputado miembro informante, en su extensa y, reconozco, documentada exposición, dijo que si había un rótulo que dar a la experiencia que se iniciaba por este proyecto [...] este rótulo podía ser el de 'neoliberalismo'; evidentemente, toda la filosofía de este proyecto circula con una connotación orgullosa e idealista: la palabra 'libertad'.- Se habla de libertad y, naturalmente, como esta palabra tiene una significación tan profunda para el espíritu humano," -dice Hierro- "parecería que aportar soluciones de libertad en el mundo de la economía significara una conquista más para la libertad humana. Yo pienso exactamente lo contrario: pienso que todo lo que tiene de grande y de creadora la libertad para el espíritu, lo tiene de limitativa para la condición humana en el plano de la economía".

Yo sé que estos conceptos son polémicos, pero contactos, como el de hoy, con grandes personalidades, deben movernos a todos a reflexionar sobre temas polémicos que continúan suscitándose cada poco tiempo en esta arena política de enfrentamientos. En esas oportunidades, deseo que desde todas las filas se cuente con la actitud que siempre mantuvo Hierro en el Parlamento, de respeto a las ideas ajenas y de prédica con firmeza de las propias, como esta que he recordado en su homenaje.

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la barra)

SEÑOR ABDALA.- Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE (Penadés).- Tiene la palabra el señor Diputado.

SEÑOR ABDALA.- Sucintamente, en nombre del Partido Colorado, queremos agradecer al Cuerpo y a usted, señor Presidente, la oportunidad que nos regaló al poder concretar este justo homenaje a don Luis Hierro Gambardella. Sin duda que, para los colorados, ésta ha sido una jornada de emoción y de recordación.

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la barra)

SEÑOR PRESIDENTE (Penadés).- Dese cuenta de una moción presentada por el señor Diputado Bergstein.

(Se lee:)

"Mociono para que la versión taquigráfica de las palabras pronunciadas en esta sesión se pase al Comité Ejecutivo Nacional del Partido Colorado y a los familiares de don Luis Hierro Gambardella".

——Se va a votar.

(Se vota)

——Setenta y dos por la afirmativa: AFIRMATIVA. Unanimidad.

La Mesa informa que la Cámara de Representantes procederá, como segundo punto del orden del día de la sesión ordinaria, a sancionar el proyecto de ley por el que se designa "Profesor Luis Hierro Gambardella" al Liceo Nº 55 de la ciudad de Montevideo.

Se levanta la sesión.

(Es la hora 17 y 5)

GUSTAVO PENADES

PRESIDENTE

Dra. Margarita Reyes Galván

Secretaria Relatora

Dr. Horacio D. Catalurda

Secretario Redactor

Gustavo Zamora

Supervisor General del Cuerpo de Taquígrafos

Dep. Legal N° 322.569/01
Impreso en la División Ediciones
de la Cámara de Representantes